

pueblo siente el orgullo de ser él mismo, cuando siente el orgullo, a la vez que de su pasado, de su carácter y de sus instituciones, este pueblo no tiene esos complejos temibles que, en otros países, engendran peligrosas vanidades. Los individuos ingleses son extremadamente modestos. Cuando se encuentra uno con un inglés a quien le pregunta si sabe jugar al *tennis* y contesta negligentemente: «sí, un poco . . . En fin, por lo menos puedo devolver una bola de cuando en cuando», no podemos saber si, a lo mejor, no estamos hablando con el último campeón de la copa Davis.

Los ingleses sienten instintiva repugnancia por el profesional o, por lo menos, quieren que el profesional parezca un simple *amateur*. El político que ellos prefieren es siempre del tipo de aquel lord Hartington, cuyo célebre retrato, trazado por Lytton Strachey, voy a permitirme leerlos en seguida.

«Lord Hartington estaba cortado sobre el patrón que precisamente gusta más a sus compatriotas. No sólo porque era honrado, sino porque su honradez era una honradez inglesa, y los ingleses veían en lord Hartington, encarnadas y manifiestas, las cualidades que más llegan a su corazón: la imparcialidad, la solidez y el buen sentido. Todo lo que de él llegaba a saberse era un motivo más para que lo respetasen y admirasen. El entusiasmo que sentía por los deportes al aire libre, inspirábales un sentimiento de con-